

desarrollos de que pende a menudo la analogía que ofrecen con nuestros dogmas. Pero tal dificultad se disipa al advertir que este mismo fenómeno se da también con los fieles de la iglesia cristiana: la mentalidad del vulgo —trátese del labriego castellano o del tosco soldado marroquí— no puede ni necesita razonar y analizar los dogmas, para que éstos influyan en su conducta; basta para ello la raíz de la fe, la adhesión sincera, ciega y humilde a las verdades reveladas, sin su demostración directa. Porque no es el espíritu crítico, que analiza y discute, resorte eficaz para la acción, sino frecuentemente lo contrario: freno que la paraliza. En cambio, la «fe del carbonero» es la que transporta más fácilmente las montañas y levanta las almas a las sublimes cimas de la santidad o a las heroicas decisiones del sacrificio y de la abnegación. Ahora bien, para el problema que aquí discutimos, esto es lo que interesa, pues basta y sobra con las analogías demostradas entre el fondo de nuestro credo y el del islámico, sin la demostración minuciosa de sus respectivos dogmas, para que unos y otros produzcan sus efectos en la conducta y creen así una estrecha hermandad espiritual entre las almas de los fieles que los profesan y ponen en obra.

La otra reserva es más obvia y ofrece, al parecer, una más grave dificultad. Frente a las muchas y típicas analogías expuestas, se levanta una discrepancia cardinal, que parece colocar al Islam en el polo opuesto del cristianismo: el Alcorán niega el misterio de la Encarnación y, por ende, la divinidad de Cristo. Así es, efectivamente. Pero no es el Alcorán la única fuente dogmática de los musulmanes: al lado de aquél, existe otra fuente revelada, la Tradición, constituída por un número copiosísimo de sentencias y relatos, más o menos auténticos, atribuidos a Mahoma y a los profetas de la ley antigua y nueva. Ahora bien, entre esos textos tradicionales, más de dos centenares he recogido yo en mis lecturas de libros ascéticos árabes, que ponen en labios de Jesús sentencias y consejos de la más alta espiritualidad y perfección moral o le atribuyen sublimes ejemplos de virtud heroica, sobre todo de castidad y de renuncia a los bienes mundanos. Los rasgos que de la persona de Jesús y de su doctrina trazan esas tradiciones musulmanas son todos de filiación evangélica o monástica. La figura de Cristo ofrece en ellas un sor-